

TEOLOGÍA DE LA VIDA MONÁSTICA¹

Al Padre Juan Leclercq todas ustedes lo conocen por haber leído sus artículos o sus libros. El Padre es un especialista de la literatura religiosa desde los orígenes hasta el siglo XIII. Conoce muy bien la vida religiosa porque el mismo es un contemplativo, y, también, me parece, porque ha dado la vuelta al mundo y ha estado en condiciones de ver “sobre el terreno” a las comunidades contemplativas, un poco por todas partes; las antiguas y las modernas y está muy al corriente de todos los problemas que plantean hoy. Por eso, sin más preámbulos, le dejo la palabra.

Cuando la Madre Presidenta me pidió que hiciera una exposición intitulada “teología de la vida contemplativa”, yo le pedí poder agregar una palabra: “para”. Para una teología de la vida contemplativa -una palabra que lo arregla todo. Porque yo no creo ser capaz de elaborar una teología completa de la vida contemplativa, sino simplemente poder “aportar una contribución” para “un trabajo con miras a”... Algo por lo tanto, que será necesariamente parcial, limitado. Pero, como al envejecer uno se hace detallista, aun sobre esta parte limitada, como debiera ser una teología de la vida contemplativa, he escrito un tratado... Tranquilícense, no lo leeré todo. Quiero indicarles el plan y, ante todo, darles una bibliografía.

He recibido hace pocos días un hermosísimo volumen del Padre José Vic, monje trapense de Sept-Fons: “El alma de la vida contemplativa”; como ustedes ven ha repetido el título del Padre Chautard: “El alma de todo apostolado”. Volumen de 524 páginas, por lo tanto, vasta documentación. Por el hecho de ser policopiado no tendrá un gran tiraje. Si ustedes lo desean conviene que lo pidan sin tardanza a la Abadía de Sept-Fons. Me permito también recomendarles dos obras recientes de un tal Padre Juan Leclercq. Pero les prevengo desde ya para lo que sigue, me he hecho el deber de reservarme para los países en vía de desarrollo. Ustedes tienen la fortuna de tener a un Padre Soullard, Asistentes, predicadores... claro, comprendan mi frase y acepten el que rehusé gentilmente las invitaciones de ir a verlas. Les presento mis obras casi-póstumas. Una intitulada “Aspectos del monaquismo” editada en La Source; la otra aparecerá en estos días en Thielleux, intitulada “Vida religiosa y vida contemplativa”. Es una recopilación de los últimos artículos que tuve ocasión de exponer sobre la renovación de la vida religiosa en general, y sobre todo de la vida contemplativa.

Mi contribución para una teología de la vida contemplativa, debería constar de una introducción, una definición de la vida contemplativa, objeto de nuestra búsqueda. Creo que no es necesario proponérsela a ustedes, sabemos lo que es. Luego, un método para situar a la vida contemplativa dentro de la eclesiología de la Iglesia de hoy, y, sobre todo, después del Vaticano II. No es una teología nueva sino una teología renovada, y, refiriéndonos a ella, es donde debemos situar nuestra vocación contemplativa.

Habría dos partes en este cuasi-tratado, en este mini-tratado:

II. La vocación contemplativa en la Iglesia, y aquí es preciso recordar lo que es una vocación, que es siempre un llamado a seguir a Cristo. Esto implica dos elementos: ante todo el carisma, la gracia del llamado, y, en segundo lugar, el servicio, la diaconía puesto que, como acaba de recordárnoslo San Pedro en la lectura de esta admirable liturgia que la Madre Aleth nos ha ayudado a celebrar, no estamos llamados para nosotros sino para el servicio. Una vez así elaborada la noción de vocación, sería preciso reconocer que hay *vocaciones* y *vocaciones*, es

¹ Conferencia de D. Juan Leclercq, osb. La Saulsaie - Montheal, 3-VI-1969 (texto no revisado por el autor). Tradujo Sor Josefina Acevedo Sojo, osb. Abadía de Santa Escolástica, Argentina.

decir varias posibilidades, varias formas de realizar ese llamado y ese servicio. Formas que son legítimas en la Iglesia, aprobadas por la Iglesia, pero igualmente limitadas.

Sólo entonces podremos considerar en una segunda parte cuál es nuestro modo el propio nuestro, en la vida contemplativa, de seguir a Cristo, de responder a ese llamado y de servir al Reino.

Por lo tanto, me propongo darles ahora solamente la segunda parte que concierne a la oración y el servicio de la oración en la Iglesia. Después de lo cual, si queda tiempo, hay muchas posibilidades que podrían someterse *ad referendum* de ustedes: o bien quedar en esto, ustedes respirarán -o también entrar en una impugnación- o si no, ustedes me pedirán que les de un bosquejo de la primera parte sobre la vocación.

II parte: Oración y vida contemplativa

Ante todo, trataré de situar la vida de oración en la vida de la Iglesia y después: “lo que puede ser una vocación a la vida de oración”. No solamente la oración, sino una vida consagrada principalmente a orar. Entonces, primero la oración como servicio de Iglesia, y luego, una vez admitido que es un servicio de Iglesia, en qué consiste el papel y la función del servicio de la oración. Por fin, como conclusión, vida contemplativa y atención al mundo.

Primeramente pues, oración y vida de oración, la actividad de la oración en la Iglesia.

Jesús está unido a su Padre, vive su vida de Dios como su Padre. El Evangelio de san Juan no hubiera podido ser escrito si Jesús no hubiera contado, como dice el comienzo de la primera epístola de san Juan, lo que El mismo había conocido del Padre y de su relación con el Padre: total dependencia y amor, manifestación de la gloria del Padre, participación de la revelación del Padre que El mismo ha recibido para comunicarla.

Todos sus discursos, su vida y su muerte, su glorificación, muestran y proclaman que Él está unido al Padre. Y porque le está unido, Él une, re-une a todos aquellos a quienes Él les da el don de la vida, de la luz y de la gracia que recibe del Padre. Todo el designio de Jesús es unirnos al Padre, haciéndonos participar en su propia unión con el Padre. Ya sea que anuncie al Padre o ruegue al Padre, le está unido y une a su vez. Así pues, todo el objetivo de la Iglesia es unir a los hombres con el Padre por el Espíritu que Jesús envía.

Esta unión se expresa y se realiza en todas las actividades de la Iglesia, es decir, de los miembros de Cristo. Esta unión se expresa y realiza también en la oración, acto este en el que el medio coincide más exactamente con el fin.

El Concilio lo ha dicho desde la primera página del primer texto que ha promulgado: “La finalidad de la Iglesia es la contemplación. Su papel es guiar a los hombres por medio del anuncio del mensaje de Jesús, la comunicación de su Espíritu...” (*Lumen Gentium*).

Según el capítulo 8 de la Epístola a los Romanos el primer carisma del Espíritu de Cristo es un carisma de oración. El primer acto que el Espíritu hace ejercer a todo miembro de Cristo es una actividad de oración. “Habéis recibido un Espíritu de hijos adoptivos que os hace exclamar: *Abba, Padre*”. “Nosotros no sabemos lo que se ha de pedir para orar como conviene, prosigue san Pablo, pero el Espíritu, El mismo, intercede por nosotros con gemidos inefables”. Esta última palabra evoca los vagidos de un recién nacido. El no sabe lo que quieren decir, pero el psicólogo sabe que expresan ya su deseo de leche, de alimento, de protección, de amor. Todo el amor de que es capaz un hombre, el que pueda dar o recibir, está ya contenido y significado en esos gritos de los que el recién nacido no conoce ni siquiera el sentido.

Así es el misterio de la oración. No sabemos lo que hemos de pedir ni cómo. Lo importante es que estemos en actitud de oración, y Dios interpretará nuestros balbuceos. El Espíritu Santo los transforma, les da sentido y eficacia. Hace de ellos el medio y la expresión de nuestra unión con el Padre en el Hijo. La oración es ante todo y esencialmente ese: “Abba-Padre” que prolonga el de Jesús. Es aceptación de Dios en la fe, es el acto en que la fe toca su objeto, se une a él, se identifica con él. Es asentimiento a Dios, aceptación de su plan sobre el mundo, plan creador: por ello no exige de manera incondicional que las leyes que rigen el universo sean modificadas.

Plan salvífico: es deseo de salvación para el mundo entero, aceptación de sus exigencias para el que ora, para el que ha recibido la revelación de esa salvación.

La oración es adhesión a Dios, a ningún otro, fuera de él, amor a todos y a todo a causa de él, en vista a él y al mismo tiempo con miras a todos y a todo, a fin de que todos y todo sean transformados en él, sean admitidos a compartir su gloria. Es fidelidad al plan de Dios sobre el mundo, receptividad, apertura, acogida, acción de gracias. Por eso no busca nada que no sea Dios tal como Él es: Amor que no desea sino darse. La oración no trata de modificar los designios de Dios, sólo pide que Él los realice: “nosotros no sabemos qué pedir para orar como es debido, pero aquel que sondea los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu y que su intercesión por los santos corresponde a los deseos de Dios”

En los versículos (*Rm 8,26-27*), san Pablo ya orientaba la respuesta que se daría a esta antigua objeción cuya expresión fue renovada en nuestros días por el vocabulario de la psicología y que el mismo Señor había previsto: “Vuestro Padre sabe lo que necesitáis”. En nuestras plegarias, dice san Agustín, en aquella famosa carta a una gran dama, nuestro deseo es el que entra en acción -“*exerceri in orationibus desiderium nostrum*”- para que tengamos suficiente capacidad para recibir lo que Dios tiene preparado para darnos -“*ut possimus capere quod preparat nobis*”.

Por eso se nos ha dicho: “dilataos” - “*ideo nobis dicetur dilatamini*”. Por lo tanto la oración nos cambia, nos modifica, a nosotros y no a Dios. La oración es esencialmente un acto de conversión. Somos nosotros quienes somos engrandecidos y capacitados cada vez más para recibir a Dios. Nosotros

somos quienes llegamos a ser cada vez más nosotros mismos en su presencia, en relación con El, dependiendo de El, en vista a El, a la vez por El y para El. Nos descubrimos a nosotros mismos, tomamos conocimiento de nosotros mismos -“*nobismetipsis innotescemus*”- prosigue san Agustín, y así El se torna cada vez más una presencia para nosotros. La oración realiza esta presencia recíproca. Nos pone en la actitud de Jesús frente a su Padre: aceptación, dependencia y obediencia, amor al Padre y a los hombres, hijos del Padre. En cuanto a Dios que es perfecto, la oración nos pone en la misma relación de Jesús frente al Padre. Nos permite ofrecernos con El, entregarnos, dejarnos hacer por Dios, cuando somos escuchados como cuando no lo somos, con el desinterés de cualquier otro bien que no sea Dios.

Se objetará, quizás, que Jesús en el Evangelio enseñó que se le suplicara con instancia y que El mismo lo hizo. Pero la súplica en El, estaba siempre subordinada a la aceptación de la voluntad de Dios. Por su oración, Cristo no modificó el designio del Padre, se entregó a ese designio. En su caso, como en el nuestro, el recurso a Dios significa algo más profundo que el beneficio pedido. Es la expresión de una confianza filial que es global, total, que se ha polarizado sobre tal necesidad particular, tal circunstancia dolorosa. Nuestra oración por lo demás, en particular, nos brinda la ocasión de ponernos en comunión con ellos en presencia de Dios. Es el signo y la expresión de nuestra simpatía, de nuestra solidaridad, más aún de nuestra caridad. Rogar a Dios por los demás hombres es alcanzarlos en la fuente misma de su ser personal, en lo más íntimo, en su calidad de hijos de Dios; es contribuir a su verdadera liberación, asociándonos al principio de su libertad, al amor solicitado de Dios; es ayudarlos en la realización de su propio ser y de la fraternidad humana. Por mi oración de intercesión, algo ha cambiado en mí, entro más profundamente en la caridad de Dios para con mis hermanos. Así, en cualquier forma, ya sea un

acto de presencia ante Dios, ya sea una petición para nosotros o para los demás, la oración realiza en nosotros al máximo la unión del hombre con Dios, es decir la salvación.

Vocación a la oración

Ante todo se trata de la oración como servicio de Iglesia. ¿Cómo puede, ese carisma de la oración llegar a ser el objeto de una vocación? No debemos preguntarnos si *puede* llegar a serlo: lo ha sido desde la más remota antigüedad. Pero el problema está en *cómo* eso fue posible.

Puede alguien ser llamado a seguir a Cristo trabajando por su reino en una vida consagrada a la actividad de la oración? Dicho de otro modo ¿cómo, la vida contemplativa, es un servicio en la Iglesia? ¿una diaconía? ¿con qué contribuye al advenimiento del Reino? ¿en que sentido los contemplativos son pescadores de hombres?

El estado de vida contemplativa de ningún modo forma parte de las estructuras de la Iglesia, de su jerarquía. Es el desarrollo de uno de esos carismas que el Espíritu Santo ha depositado como en germen en la Iglesia. Es ella quien los posee todos, los discierne, los aprueba, dado el caso, en su manifestación en el decurso de los tiempos, según las circunstancias y los hombres.

Hay grandes carismáticos cuyo papel es el de participar intensamente en tal carisma de la Iglesia, y el de ayudar a otros cristianos en esa participación y, de ese modo manifestar el misterio total de la Iglesia, indicando las diversas maneras de servir al Reino.

Ahora bien, desde los orígenes de la Iglesia, la oración perseverante estuvo representada por los discípulos del Señor como un modo de servirlo, como una diaconía, y, más aún, como la primera y más importante de todas. Pues la oración es un servicio de Dios.

Servir al Reino, trabajar por él, es ante todo servir a Dios rogándole, agradeciéndole. La noción de diaconía en el Nuevo Testamento, especialmente en san Pablo, así como también en el Evangelio y en los Hechos de san Lucas, no incluye solamente el servicio inmediato, sino también la de la liturgia, es decir, el servicio de Dios por la alabanza. Cuando san Pablo organiza una colecta en favor de los hermanos de Jerusalén, muestra a los Corintios que ese su servicio en forma de limosna y su generosidad en dar, es inseparable de la acción de gracias a la que debe conducir (2 Co 9,11-15). Desde el comienzo de su Evangelio, san Lucas dice de la Profetisa Ana que ella no abandonaba el Templo: “sirviendo a Dios noche y día en la oración”.

La palabra griega que la *Vulgata* traduce por “serviens” es aquí la que designa la adoración - *latreousa-latria*-. Más adelante relata que Marta servía al Señor, y eso era necesario, mientras María lo escuchaba; ella había escogido una “parte excelente”. En la imagen que el mismo san Lucas da de la comunidad cristiana, a propósito de los primeros tiempos de la Iglesia de Jerusalén, enumera las actitudes de los Apóstoles con Dios.

No se trata sólo de enseñar, sino de guardar, de conservar esa enseñanza del Señor cuya fórmula “doctrina de los apóstoles” es aquí equivalente. Se trata luego de la comunión fraterna, la fracción del pan y por fin de la oración. A propósito de la oración hay una insistencia particular sobre la perseverancia: “día tras día, con un solo corazón ellos frecuentaban asiduamente el Templo, alababan a Dios”. San Lucas subraya en varias ocasiones que ellos permanecían en el Templo; allí es donde enseñaban y a donde iban a orar en todas las horas litúrgicas del culto judío. Si existe el servicio de las mesas, que es necesario y para el cual los apóstoles instituyen un ministerio especial, el del diácono, están también la oración y el servicio de la palabra; esas dos actividades se encuentran aquí asimiladas y consideradas igualmente importantes.

De un examen de estos textos y de otros, se puede sacar en conclusión que los autores del Nuevo Testamento, cuando hablan de diaconía, de servicio, piensan por lo menos tanto en Dios

y en su servicio como en los hombres y en sus necesidades. La diaconía, que consiste en ayudar, no es sino una parte de la diaconía litúrgica; es su signo, conduce a esa liturgia y, en ese sentido, es también una liturgia. El servicio inmediato no agota pues la noción de diaconía; ésta incluye igualmente la oración, la meditación, el amor.

Papel y función del servicio de la oración

Por lo tanto, es un hecho que la oración es un servicio de Iglesia, un servicio de Dios en la Iglesia.

A este título, la oración puede ser objeto de un carisma, de una vocación, y de hecho, ya desde muy temprano hubo fieles llamados a entregarse de una manera más intensa a uno u otro de los ejercicios de la Iglesia, y, en este sentido, a especializarse, por así decirlo, en uno u otro de ellos, y ante todo en la oración.

Surgieron en las primeras generaciones cristianas, hombres y mujeres: continentes, vírgenes consagradas, monjas, que buscaron el vivir en una oración tan continua como fuera posible. Ese es el carisma que el Vaticano II ha confirmado al aprobar Institutos de vida contemplativa cuya primera característica es la de vivir en la oración asidua -"in assidua prece"- . El Decreto *Perfectae Caritatis* (n. 7) se inspira aquí en una expresión que se encuentra en la Epístola de Santiago 5,17: "Tiene mucho poder la súplica asidua del hombre justo" -"multum enim valet deprecatio iusti assidua" - "deprecatio assidua - assidua prece". El Concilio, en varios de sus textos, reconoce en esta existencia una función irremplazable, un verdadero valor de servicio en la Iglesia. Este ministerio es tanto más misterioso, y por ello difícil de definir y de analizar, cuanto que no conduce a resultados visibles. Se puede tratar de caracterizarlo desde tres puntos de vista diferentes. Como un papel: 1º) de unión con Dios; 2º) de intercesión por el Reino; 3º) de testimonio del Reino.

1º) Unir la humanidad a Dios

Como ya dijimos, el fin de la oración, su acto mismo y lo que realiza es la unión del hombre con Dios. La actividad apostólica, el anuncio del Reino, el "praeconium" de que habla el Concilio, une los hombres a Dios al proponerles el mensaje cristiano para su aceptación. La actividad de la oración une los hombres con Dios disponiendo para la aceptación de su mensaje a aquel que ora, y en él, a todo el Cuerpo del que es miembro, a todos aquellos en nombre de quienes, con quienes y para quienes él ora. Y esto también realiza la salvación y le es esencial. Cuando algunos o algunas dicen sí a Dios en nombre de todos los hombres -que es lo más importante- el destino de la humanidad está cumpliéndose. Ahora bien, ponerse y permanecer así en estado de oración, y como lo ha dicho san Juan de la Cruz: "estarse ante la faz de Dios", es practicar el acto de fe de un modo eminente. Organizar su vida en vista a ese tiempo consagrado a Dios en el asentimiento a su misterio, es entregarse a un ejercicio de la fe que, en la tierra, es la finalidad suprema de la Iglesia y, desde ya, la realización de la salvación. Porque, a menudo, durante esos largos momentos de presencia ante Dios, no sucederá nada. No se produce ningún resultado, sino en la persona de aquel que ora, que permanece allí en el silencio de Dios: una profundización de su ser, ahondado, tornándose capaz de soportar la oscuridad de la fe para él y para los demás. No hay oración contemplativa que no implique alguna vez ese sufrimiento de la fe, ese sufrimiento de ser cristiano, ese sufrimiento que puede abarcar a todos los otros, transformarlos, darles un significado, presentarlos a Dios. Orar Así, sufrir Así en la fe, por la fe, ¿no es acaso, en verdad, dejarlo-todo, aceptar el exilio, el riesgo y la aventura, seguir a Jesús llevando su cruz, afirmar el Reino, recibirlo en sí, comunicarlo a los demás por la caridad; nociones todas ellas incluidas en la idea de vocación? ¿No es acaso verdaderamente un servicio, una diaconía?

La vida de oración contemplativa es presentada a veces, y con justo derecho, como dependiente del carisma profético. Es la evocación vivida de la existencia de Dios y de su amor, y me parece que el mensaje del Santo Padre, ayer a la tarde, nos decía eso (Mensaje de apertura de la sesión). Evocación vivida de las exigencias de su amor. Es el Evangelio vivido en lo que el Evangelio implica, como se dice hoy, en lo vertical, y no sólo en lo horizontal. La vida de oración mantiene firme la tensión escatológica que es esencial al Reino. Cumple una función que consiste en hablar a Dios más que a los hombres, y tanto menos en hablar cuanto en vivir, ejerciendo esa suprema acción que constituye el hecho de existir cuando llega a ser plenamente consciente, aceptado y querido. Es un servicio, y se comprende así las palabras paradójicas de Pablo VI a los Trapenses, hace algunos meses: “Ustedes tienen una función pastoral en la Iglesia, pero esta función es la vida escondida”.

La vida de oración es una vida unificante para el que la lleva y para los demás. Uniéndose a Dios, él se une a los demás y los une con Dios. Semejante afirmación no proviene de los argumentos de la razón, sino de una experiencia de la fe. Si hoy es necesario afirmar tales verdades, es sin duda porque el hombre se piensa ahora como individuo y, en segundo lugar como miembro del Cuerpo. Una fórmula como “solo con Dios”, le hace temer que los otros hombres queden excluidos. La mediación física del prójimo le parece necesaria, como la única forma auténtica de la presencia real. Los cristianos de la antigüedad, los grandes espirituales de todos los tiempos, se pensaban más como miembros; sabían que si el ojo está orientado hacia Dios, todo el cuerpo estará vuelto hacia él. Para un ermitaño como el Bienaventurado Pablo Justiniano, la doctrina de “solo con Dios” terminaba en la contemplación del amor universal. No reprochemos a nuestro tiempo ser lo que es. A las nuevas exigencias de reflexión sobre el hombre, han respondido admirables afirmaciones sobre el valor universal de su presencia ante Dios. Recuerdo aquí las páginas extraordinarias, tan numerosas sobre este tema, que se encuentran en la obra de Teilhard de Chardin. Pero él no lo inventó.

En la misma medida en que la vida de oración une a Dios a cristianos y cristianas, ella los hace contribuir al advenimiento del Reino. Es un auténtico servicio de Iglesia, diaconía de la reconciliación universal, que fue cantada tan magníficamente, antes de Teilhard por san Juan de la Cruz “Sí, los cielos son míos; la tierra es mía y los pueblos son míos; los justos son míos y míos los pecadores; los ángeles son míos y la Madre de Dios es mía, porque Cristo es mío y todo entero es para mí. ¿Qué quieres pues, qué buscas pues, alma mía? Todo eso es tuyo, todo eso es para ti. Levántate y glóriate de lo que es tu gloria, escóndete en ella y regocíjate” (Oración del alma abrasada de amor, en “Avisos y máximas”). Unir la humanidad a Dios,

2º) La intercesión

La unión conduce a la intercesión. Si uno sabe que está en presencia de Dios con todos los hombres, es llevado a orar por su salvación. No se puede encontrar a Dios sin encontrar a los hombres, sin sentirse solidario con sus destinos, sin dejar de querer hacer algo por ellos. Dios mismo envía hacia ellos a aquel que ora. ¿Cómo se realizará para los contemplativos ese volverse hacia los hombres?

Ante todo por la oración misma en la forma que ella reviste en la intercesión. Esta práctica es, a lo largo de la historia, una de las constantes de la vida de oración. Se podrían citar a este respecto muchos ejemplos, desde los orígenes hasta la oración de santa Teresa del Niño Jesús.

Nos es preciso reflexionar sobre lo que es la intercesión de los contemplativos. Primero para situarla mejor en el conjunto de los carismas y de las diaconías; luego para recordar su exigencia a todos aquellos a quienes incumbe este deber. Quizás hay contemplativos que no son tales, sino por el estado de vida, sin que se sientan personalmente muy comprometidos en el servicio que esta vida implica, y es cierto que el ministerio de la intercesión no es fácil de concebir.

La práctica de la Iglesia nos indica un camino. Su liturgia es una proclamación, y aun, por así decirlo, una dinámica de la realización del misterio de la comunión de los santos. Hay un solo Redentor y Mediador, pero él tiene una como doble existencia: personal, la de Cristo, primogénito, y cognoscitiva, la de la Iglesia que es su Cuerpo. Si somos uno es porque lo somos en Él. Si al orar nos unimos al Padre, y a todos los hombres en presencia de Dios, es porque su Espíritu ora en nosotros. Es en esta forma como participamos en su mediación y, en su intercesión. Eso es lo que percibió, parecería una santa Teresa del Niño Jesús. Ella reaccionaba contra un medio ambiente y una tradición reciente en la cual algunos y algunas tenían la impresión de desempeñar el papel de reparadoras o de auxiliadoras de Dios, casi en paralelo con Dios, corredentoras con Cristo. Ella encaró el ejercicio de su mediación dejándose invadir totalmente por la voluntad del Padre, dejándose -si nos podemos expresar así- “filializar” de tal modo que no fuera ya ella quien viviera, sino Cristo en ella; que él ejerciera su propia mediación en ella, a semejanza de María, cuya mediación esencial fue aquel *Fiat* por el cual quedó enteramente a disposición de la luz increada que se encarnaba en ella, penetrándola totalmente, tornándola de modo invisible a los ojos de la carne, traslúcida a la presencia del Verbo viviendo y operando en ella. Esta toma de posesión de todo nuestro ser por Dios es la condición, el fundamento de nuestra intercesión. Nos hace participantes en la intercesión de Jesús siempre vivo a fin de interpelar por nosotros.

Ahora, ¿cuál es el objeto de nuestra intercesión? No sabemos lo que hemos de pedir... Debemos dejar al Espíritu orar en nosotros según la línea del “Padre Nuestro”, modelo de intercesión para el cristiano que ama a Dios por encima de todas las cosas, y a su prójimo como a sí mismo. Es cierto que la liturgia a veces nos hace rogar para ser liberados de nuestros enemigos, preservados de las desgracias, y pedir otros bienes que nos darían algo del paraíso en la tierra. Nos sentimos a veces menos incómodos pidiendo todo esto para los demás que para nosotros mismos. No sabemos lo que le conviene al otro y dejamos a Dios que disponga. Por lo menos, el fondo de la intercesión debe ser: “que se cumpla tu voluntad”. Rogamos para que ésta pueda realizarse en él; se le pide a Dios que lo haga capaz, que le dé la luz para conocerla, para realizarla. Ciertamente es difícil mantenerse siempre en este nivel y por eso la oración de intercesión es una prueba de fe, una ocasión de purificación, un renunciamiento, un medio de participar en aquel servicio que condujo a Cristo a la Cruz. Si no se está prevenido por una sólida cultura religiosa, la tentación humana tiende a hacer descender la oración de ese nivel teologal a un nivel de petición terrena. En esos casos se le atribuye a Dios tanta candidez como poder. Dado el caso se le llevarán huevos a santa Clara para tener buen tiempo en tal o cual día, mientras que un cristiano, jefe de investigaciones meteorológicas, se atreverá a plantear aquella pregunta que es el título de un libro publicado hace algunos años en la “*Vie Spirituelle*”: “¿Es razonable rezar para que llueva?”

No debemos temer el mencionar aquí esos problemas porque el ministerio de la intercesión que ejercen las contemplativas exige ser comprendido correctamente. Si sucediera que la vida teologal desertara de la oración, una forma larvada de superstición tomaría su lugar, y esto explica la necesidad de hoy de alimentar la fe, de organizar de manera práctica, la formación, y una formación permanente, de una teología propia del estado de vida de ustedes y de su función, es decir: la oración...

En ese nivel, Dios sería lo que se desearía que fuese: el realizador privilegiado de nuestros deseos. Ya no sería el Ser libre a quien se suplica, sino el instrumento mágico sobre el cual tenemos poder. El que rogara por otro se convertiría en un mago. Dios sería, no sólo invocado sino que estaría obligado a conformarse con nuestra voluntad. Por el contrario, cuando yo ruego por otro, somos Él y yo, y uno por el otro quienes entramos de todo corazón en el querer divino. Y si oramos para ser liberados de calamidades y desgracias, nuestra excusa es nuestra debilidad. Sabemos que en tales circunstancias quizás no seríamos capaces de repetir con Jesús: “no como yo quiero, sino como Tú quieres”. La oración de Jesús fue atendida, no en el sentido de haber

sido librado de aquel cáliz sino porque fue transformado en gloria después de haberlo bebido. Esta palabra y este versículo de la oración que El enseñaba: “que se haga tu voluntad” nos da la última señal de ese asentimiento a Dios, de ese modo de unir la humanidad a Dios: lo que constituye la oración de intercesión. Servicio de Iglesia tanto más exigente cuanto que supone la renuncia a toda verificación de los resultados de la oración. Los contemplativos deben Aceptar, el hecho de que su oración sea tanto más necesaria a la Iglesia cuanto menos útil y menos eficaz es aparentemente. Ustedes recuerdan aquellas palabras de un excelente teólogo de la vida contemplativa, nuestro amigo Von Balthasar: “A despecho de todas las estadísticas, el efecto capital de la contemplación sigue permaneciendo siempre en el campo de lo invisible. La fe puesta a disposición de Dios sin cálculo o especulación y lo que Dios hace de ella, es cosa que no le toca al creyente. A fin de cuentas, este está tan absorbido y movido por Dios que, tomada sinceramente y sin desviación, la contemplación desemboca normalmente en la noche. Ya no se ve por qué se ora, por qué: se ha renunciado, ya no se sabe si Dios escucha, si quiere todavía el sacrificio y si éste es aún aceptado”. Y Von Balthasar concluye: “Tenemos la gran esperanza de que la Iglesia no venderá sus más profundos misterios por el plato de lentejas de una satisfacción apostólica exterior”.

3° El testimonio

Todos los cristianos poseen el mismo Espíritu, del mismo Cristo, en la misma Iglesia. Ahora bien, a propósito de los diversos dones que reciben los diferentes cristianos, san Pablo ha empleado el término “manifestación”. En efecto, si hay variedad de carismas, no es para que cada uno de los que reciben un carisma, monopolice, por así decirlo, la actividad de la Iglesia en ese punto. Por el contrario, lo capacita para que la riqueza de la Iglesia sea significada, manifestada. Cada fiel debe dar testimonio ante los demás por la parte que de ella ha recibido. Esto se aplica a todos los miembros de la Iglesia sin excepción. A todos los religiosos se les exige de una manera especial el dar testimonio de que el mundo no puede ser transformado en un mundo nuevo sino según el espíritu de las Bienaventuranzas (Ustedes conocen la fórmula aquella de “Perfectae caritatis”).

Los religiosos por su desapego, deben significar, es decir recordar, y en cierta forma demostrar, el carácter escatológico del Reino. Hacen algo por la sociedad aun separándose de ella según su vocación. Y así, al salir de ella, en ella permanecen. Pero en todo caso, son diferentes por su manera de vivir, en el celibato, por el Reino de Dios, en la desapropiación y en la dependencia voluntaria.

¿Cuál será el testimonio específico de los religiosos y de las religiosas de vida contemplativa? La justificación intrínseca de su vocación como un medio de responder al llamado de Dios y de servir a la Iglesia es la oración y la intercesión. Pero cuando se quiere conocer su papel en relación a la sociedad, es preciso interrogar a aquellos que en la Iglesia son los responsables de la Pastoral. Según ellos, ¿qué pueden hacer los contemplativos para anunciar el Reino de Dios, insertándose en lo que hoy se llama pastoral de conjunto? No monopolizando la actividad de la oración, la vida interior, como si los demás miembros de la Iglesia estuvieran por eso dispensados de ella, sino manifestando más vivamente ciertos aspectos de la vida cristiana, poniendo más de relieve algunos de sus valores que no se perciben tanto en otros estados de vida.

El mundo procura al hombre bienes que no le satisfacen. La Universidad ofrece posibilidades de cultura; la vida de parroquia, los movimientos de Acción Católica y todos los otros organismos de la pastoral de hoy, tan desarrollada, favorecen toda suerte de actividad cristiana. ¿Dónde encontrar comunidades fraternas que estén orientadas hacia la alabanza si no es en los contemplativos? Por su vida desinteresada, en apariencia ineficaz, inútil en lo inmediato, ellos recuerdan que en la realización, en este mundo, del misterio de Jesucristo, las estadísticas presentadas por las encuestas sociológicas, tan útiles, no lo dicen todo. Que el elemento

cualificativo importa más que las cifras y los números. Afirman que el amor es lo que más cuenta. Entre ellos, ciertas actividades cristianas son llevadas al máximo: oración, recogimiento, soledad por Dios, mortificación. Estas actividades no agotan toda la actividad cristiana. Salvo excepción, los contemplativos no se dan a la predicación, a la misión, al cuidado de las almas y de los cuerpos. Si bien su carisma es real e irremplazable, no es el único en la Iglesia; es limitado y por ello susceptible de demarcación. Es un carisma de santificación personal y de servicio al Reino de Dios, gracias a ciertos medios que son específicos de la vida contemplativa. Esto trae consigo, para los contemplativos, varias consecuencias: ante todo una exigencia de fidelidad a su vocación. Dan el mayor testimonio de las líneas de conducta más amenazadas hoy. Si ellos ceden a la tentación de hacer algo en lo finito que no sea esta manera de anunciar el Reino que consiste en mantener viva, entre los cristianos, la intuición de que el amor de Dios tiene valor por sí mismo, que el Evangelio no es sólo un mensaje para un mundo mejor, sino también para la gloria de Dios.

La Iglesia tiene otros intereses que defender fuera de la promoción de los pueblos en vía de desarrollo, otros problemas que resolver y no sólo los conflictos sociales e internacionales. No que se haya de negar el deber de los cristianos de interesarse en esos problemas, pero cada cosa en su lugar. A los clérigos y a los laicos comprometidos, pero decepcionados, que se consagran a trabajar con toda generosidad y constatan que no tienen éxito, o, por lo menos, como ellos lo deseaban, y en la forma en que lo esperaban, los contemplativos no dejan de recordarles este aspecto del misterio cristiano: Dios es quien salva. Uno de sus ministerios es pues el de dar ánimo a todos los que fracasan.

En segundo lugar, una exigencia de renovación: porque para que exista un testimonio es preciso que el signo sea perceptible. Él es, en cuanto a su contenido, misterioso, pero no debe ser hecho más ininteligible aún por exteriorizaciones accesorias y accidentales que impiden percibir la realidad interior. Ahora bien, la honestidad obliga a reconocer, según el testimonio de los hombres de la pastoral que tienen el más vivo sentido de la necesidad de los contemplativos, que éstos hablan a menudo un lenguaje ininteligible. En particular, varias de las formas externas de la vida contemplativa parecen hoy esotéricas: iglesias paralelas en las cuales monjas y fieles oran sin verse jamás, y a veces sin oírse, etc.

A pesar de todo eso, el rostro fraterno de la comunidad contemplativa atrae. ¡Qué sería si ella se hiciese comprender! Es demasiado fácil descartar a priori y en bloque todas las sugerencias, más aun las instrucciones provenientes de los responsables de la pastoral. No se las debería tomar en cuenta si ellas manifestaran una real incompreensión de los valores fundamentales que deberían ser conservados. Pero, en la medida en que enfocan las observancias que ya no pertenecen sino al pasado, que están, según una palabra del Concilio, “obsoletae”, desusadas, se tiene el deber de tomar en consideración con humildad esas observaciones de los responsables de la pastoral.

4º) y por fin, las exigencias de una buena acogida

Entre los puestos de presencia diaconal en la Iglesia, hacen falta los dos tipos de buena acogida: uno en vista a la acción inmediata en todos los dominios y donde se constituyen grupos de cooperación de toda clase; otro en vista a la adoración. El compartir la oración es una forma de ayuda mutua necesaria, tan necesaria como la otra. El Espíritu Santo mantiene en el pueblo cristiano la sensibilidad de los valores que se encuentran actualizados al máximo en la vida contemplativa. Los fieles sienten su necesidad y discernen su misterio. Tan pronto como la televisión presenta un programa sobre una Trapa o un Carmelo, o si la Madre Presidenta habla por radio, todo el mundo abre los ojos y presta oído. Si en realidad es así... se oye decir en seguida, es una vida que vale la pena ser vivida. Se vieron en la pantalla hombres y mujeres que intercambian verdaderas relaciones humanas, que comprenden al mundo, tienen afecto por sus familias, aman al Señor por encima de todo y reciben de Él toda su alegría.

Ahora, bien, esto era desconocido y aun insospechado por parte de los espectadores. ¿Es normal esto? ¿Es deseable? Habrá ciertamente formas de acoger que deberán descubrirse para remediar la ignorancia que la mayor parte de los fieles tienen de esa forma importante de la vida de la Iglesia que es la vida contemplativa. Del deber de formación y de información que debemos cumplir en todo lo que se refiere a nuestra vocación podrán derivarse, en ciertos casos, exigencias precisas. ¿Queremos un ejemplo? me lo han referido la semana pasada. Una numerosa comunidad de contemplativas se encuentra no lejos de un liceo de artes agrícolas, es decir los cursos finales de los y las estudiantes que se preparan para las escuelas superiores: Agronomía, etc. Y, todos los alumnos, muchachos y chicas expresaron el deseo de conocer mejor la vida de esas religiosas, sus vecinas. Era materialmente imposible hacer entrar en la Abadía a aquellos centenares de estudiantes. La Abadesa designa a dos monjas, y, entre ellas la más joven de todas, para ir y prestarse a un diálogo que se realizó con interés sostenido. Los alumnos se declararon entusiasmados, y las monjas admiraron la altura e inteligencia de las preguntas. Se podrían citar otros casos. Hace un rato, a la hora del almuerzo, una de entre ustedes me decía que había hecho algo semejante.

Normalmente, y sin vocación especial, un medio de vida contemplativa debe ser acogedor para todos los que buscan un lugar, un ambiente en el que puedan ejercitarse en ciertas formas de oración que no se encuentran en otra parte, ni en la parroquia, ni en la reunión de Acción Católica, ni en otras manifestaciones de la vida cristiana.

Para muchos de ellos, las peregrinaciones a Lourdes ofrecen la ocasión de poder asistir a esas grandes asambleas populares que los ayudan a tomar una mayor conciencia de su catolicidad: universalidad del encuentro con tantos cristianos de países diferentes, comunidad y solidaridad en el hecho de poder rezar, cantar, beber, comer, regocijarse juntos en una atmósfera religiosa, posibilidad de nuevas formas de expresión religiosa, ¿aún no experimentadas. Pero también hay fieles, y a veces son los mismos, que tienen además otras necesidades espirituales, que aspiran a encontrar, no lejos de su casa, al alcance de su vida ordinaria, el clima de una oración contemplativa. Aquellos y aquellas que tienen el privilegio de encontrarse en condiciones de poder realizarlo no tienen el derecho de negarles la acogida. El hacerlo, en cambio, resultará para los mismos contemplativos un enriquecimiento.

Primeramente esto proporcionará a algunos la ocasión de ejercer ese desbordamiento de la contemplación personal del que, un san Bernardo, entre otros, ha dicho tan bien que podía transformarse en una exigencia personal, no necesaria en todos, universal e institucional, por lo tanto no se la puede hacer obligatoria, sino legítima para algunos. Luego el intercambio o simplemente la presencia recíproca hará más viva en los contemplativos el sentido de su solidaridad para con todos los miembros de la Iglesia. Sin duda, se trata aquí de un elemento de fe que no pide necesariamente ser estimulado al nivel de la psicología, pero es un hecho, que si no se lo tiene despierto, ese sentido universal corre el riesgo de desaparecer. Los contemplativos no deben concebir su intercesión como el lanzamiento hacia la altura de un cohete que apunta directamente a Dios, sin atravesar la atmósfera en que viven, sin contacto con la tierra de los hombres. No pueden elevarse por encima de las preocupaciones humanas y elevarlas hacia Dios, sin la solidaridad con esas preocupaciones, pasando por ellas. Sólo entonces pueden mostrar a los hombres la dirección de una superación que no es una negación de su naturaleza y de sus aspiraciones, sino una realización, un enriquecimiento, o si se quiere -porque estas palabras pueden tener también un sentido contemplativo- un desarrollo, una promoción.

Hace pocos días me encontré con un prelado que había asistido a la consagración episcopal de Monseñor Etchegaray, y me contó que Monseñor Etchegaray había dicho, después de su consagración, más o menos esto: “Se tiene la impresión de que la Iglesia hoy ha sido fundada de nuevo. ¿Por quién será fundada? por los contemplativos”. No dijo por las contemplativas ni por los monjes. Se puede pensar que Él tenía en vista sobre todo a los sacerdotes y a los fieles que conserven o recuperen el sentido de la oración y de la contemplación de los misterios de Dios. Pero es muy cierto que aquellos y aquellas que están profesionalmente, es decir en virtud de su

profesión religiosa, especializados en esta actividad contemplativa, están encargados en la presente coyuntura, de una responsabilidad bastante pesada de llevar; a ellos, les incumbe el permanecer fieles a su papel en la Iglesia, contribuyendo a mantener en ella el sentido de su función y del servicio de la oración, dejando percibir algo de su experiencia y compartiéndola.

Conclusión: vida contemplativa y atención al mundo

Hay jóvenes hoy, entre los monjes y las monjas que insisten en la idea, y no es solamente para ellos una idea, sino una experiencia, de que se encuentra ciertamente a Dios en la lectura y la meditación de la Sagrada Escritura, pero también en la Historia Sagrada que prosigue a nuestro alrededor, hic et nunc, hoy. La intervención de Dios en el mundo, torna sin cesar presente y actual su obra de salvación. así es como algunos contemplativos sienten la necesidad de leer también la acción de Dios en el mundo. Este se transforma para ellos como una página de la Escritura que prolonga la Sagrada Escritura. Leer a Dios en el mundo, es decir, en la vida de los hombres, en sus problemas y difíciles esfuerzos contribuyen a su lectura de la Biblia. así como la historia de la Iglesia en el curso de los veinte siglos pasados, continúa la Historia Sagrada del Antiguo y Nuevo Testamento, así también la historia contemporánea de la Iglesia y del mundo, contiene igualmente signos por los cuales Dios nos habla.

Se trata ante todo de los grandes acontecimientos de la Iglesia y del mundo de nuestro tiempo, problemas importantes que influyen en el género humano, aspiraciones nuevas que lo agitan y que, en su conjunto son nobles. En otros tiempos, realidades estimulantes como la solidaridad y la responsabilidad universales, no podían ser sino sólo una idea. Hoy la rapidez de una información mundial que penetra en todas partes, hace que éstas se conviertan en una experiencia que forma parte de la existencia de todos y de todas hasta su entrada en el Monasterio. Ese enriquecimiento que recibimos por la técnica, por vía de los textos impresos o de los medios audio-visuales, debe contribuir a intensificar nuestra toma de conciencia de la comunión que nos une a todos, a través de la distancia y más allá de todas las diferencias.

Sin duda, hay una justa medida que deberá encontrarse para la utilización de estas posibilidades de información, pero su utilidad dependerá sobre todo de la inteligencia y de la simpatía cristianas con que se reciben estos conocimientos. Además de los hechos más importantes de la historia contemporánea, existe también la cotidiana realidad de los sufrimientos y de las alegrías humanas a las cuales debemos prestar atención a fin de discernir su sentido y asimilarlos, tornándolos presentes en nuestra oración.

Algunos piensan que está búsqueda de Dios actuando en la humanidad, no se obtiene sólo con ideas nuevas, informaciones, noticias, informaciones exteriores sobre la vida del mundo, sino que puede exigir, al menos por parte de algunos, o de algunas, una presencia en el mundo que sea más existencial. Siendo a la vez el hombre cuerpo y espíritu, mediante esta presencia contemplativa en el mundo, podrá llegar a ser, en una cierta manera, presencia corporal. Una soledad puramente material, sin comunicaciones reales, sin intercambios concretos con la gente que vive en el mundo, corre el riesgo de llegar a ser artificial. En las sociedades estáticas de otros tiempos, en que cada grupo no formaba parte conscientemente, sino de un conjunto limitado, el mundo poco podía aportar a la oración de los monjes y de las monjas. En el locutorio del Carmelo, en tiempos de Santa Teresa, antes de la reforma, no se hablaba sino de los diversos acontecimientos de la ciudad. Hoy, la sociedad, en creciente evolución y en vías de unificación, gracias a los medios de comunicación de masa, los *mass-media*, parece exigirles a algunos contemplativos, un contacto más inmediato con el mundo, si quieren vivir el misterio de Cristo en verdad. Puede ser bueno para toda una comunidad el estar así en contacto más estrecho con el universo y primeramente con el ambiente vecino, por tal o cual de sus miembros. Hay en esto una aspiración que debe considerarse seriamente, una búsqueda que debe proseguirse, formas de comunicación que tendrán que descubrirse, quizás observancias que deberán agilizarse...

La soledad que deberá permanecer, porque es esencial, quedará constituida, con relación al mundo, en un cierto alejamiento que permitirá su interiorización. De nada serviría prodigarse al exterior y dejarse dispersar y dejarse prender por el mundo. Por el contrario, es preciso asumirlo y conducirlo hacia su centro. Y en la medida en que crezca su vida espiritual, algunos, ya sea los que estuvieron más en contacto con el mundo, ya sean otros, podrán sentirse llamados a una soledad material más acentuada que favorecerá su unión con Dios. En ese límite serán ermitaños, lo cual será normalmente un punto de llegada, no un punto de partida.

Este deber -e insisto para terminar- de comunicaciones, de intercambios, debe ejercerse, en primer lugar, con respecto a esa Iglesia local sobre la que, ustedes saben, el Concilio ha insistido tanto: diócesis o región con las cuales pueden revestir el carácter de una colaboración directa y activa.

Sería demasiado fácil pensar en relación con la Iglesia universal, olvidando esta porción de ella misma y que está a nuestro alcance. Sería demasiado fácil enviar limosnas a Sud-África sin preocuparse de lo que pasa en nuestra diócesis. Es cierto que los responsables de la pastoral pueden no tener siempre una visión exacta de lo que pueden esperar de las contemplativas. A estas, les toca educarlos poco a poco con la ayuda del Espíritu Santo. Pero ellas no deben tampoco, aún si están más o menos exentas jurídicamente, y dependen de una autoridad más lejana, considerarse como dispensadas de participar en la vida de su diócesis. Su inserción en la vida pastoral no puede hacerse sin una información sobre las necesidades, sin una reflexión sobre el modo en que ellas pueden responder, y, conforme a su vocación propia, anunciar también ellas, el Reino, en los países donde se encuentran; dar testimonio de ese Reino en la Iglesia particular de la que son miembros. Lo que los sacerdotes, las religiosas activas, los y Las estudiantes, los representantes del mundo rural y del mundo obrero piensan de su modo de vida, de su papel en relación a la cristiandad, quizás no nos agrada oírlo, pero siempre se sacará provecho.

Se quiso hacer un sondeo entre las contemplativas: sobre 80 monasterios consultados, 80 respondieron. No hay que ponerle mala cara a esta clase de encuestas que son una condición única para escucharse recíprocamente y escuchar en común los llamados que el Espíritu hace oír a la Iglesia.

(Se me pide que vuelva sobre la primera parte de esta conferencia).

Una exposición sobre la vocación

La vocación de san Antonio, como ustedes saben, está en el origen de todas las vocaciones contemplativas y es la primera de la cual existe un testimonio escrito, si bien ya había antes monjes y vírgenes consagradas y diferentes monjas. Y san Atanasio, que cuenta el relato de la vocación de san Antonio, dice que Antonio al entrar en una Iglesia oye proclamar este versículo del Evangelio de san Mateo 19,21: “Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y ven, sígueme”. “Sígueme”, he ahí la palabra clave, “tú tendrás un tesoro en el cielo”. Enseguida, dice san Atanasio, como excelente teólogo, él recibe esta palabra en pleno corazón como si la lectura hubiera sido hecha para él, y de hecho lo había sido. Fue para él una palabra eficaz. Cuántos fieles, en la misma asamblea oyeron el mismo evangelio y nada cambió en sus vidas, por lo menos en esa medida. El, en cambio la realiza, deja todo y sigue a Cristo. Se podría mostrar a través de toda la historia de la vida monástica y de la vida religiosa, cuántas veces esa misma palabra, o, en todo caso, un llamado de ese género, ha resonado en nuestras vidas. ¿En qué consiste, pues, ese hecho primordial de la vocación?

Ante todo, es una vocación. ¿Qué quiere decir esto? Hoy se tiende a llamarlo un carisma, y lo Es necesario entender esta palabra. No designa como a veces estamos tentados de pensarlo,

dones extraordinarios que otorgan el poder de realizar prodigios y milagros, cosas asombrosas: un fenómeno raro y del que es preciso desconfiar casi siempre. Felizmente el Concilio ha aclarado la noción bíblica y tradicional de los carismas: constituyen una de las dos grandes categorías de dones que Dios en Cristo y por el Espíritu que El envía, no cesa de acordar a su Iglesia: dones jerárquicos y dones carismáticos. Unos y otros son para la Iglesia y para cada uno de sus miembros, una fuente de perpetua renovación. Todos los carismas han sido depositados como en germen en la Palabra de Dios, viva y eficaz y se desarrolla en la Iglesia.

Antonio oye una palabra, recibe una gracia: es un carisma. Un carisma es un don del Espíritu que estuvo en Cristo y que obra en su Iglesia. El mismo Espíritu comunica a cada uno dones diversos, diferentes participaciones en *una* y misma acción.

Debemos concebir estos carismas de un modo realista y concreto. No como una irrupción de lo sobrenatural que violentara a la naturaleza, sino una manera de toma de posesión por Dios, si el sujeto libre lo acepta, de una naturaleza que El ha creado a través de todas las circunstancias que modelan un temperamento y un carácter. Quizás se ha pensado demasiado a la ligera sobre los carismas de profecía y de glosolalia de que habla san Pablo. Y sin embargo existen también aquellos otros que están mucho más cercanos a la naturaleza como los de doctores, predicadores, consoladores, bienhechores, etc.... Quién de nosotros no se ha encontrado con laicos, a menudo mujeres, que habían recibido un verdadero carisma para consolar a los enlutados, los enfermos, los solos, los afligidos de toda clase. El monacato, como tantos otros estados de vida es ampliamente tributario de las tendencias naturales, y eso vale tanto para el eremitismo como para la vida en común.

En el discernimiento de las vocaciones se deben tener en cuenta las tendencias naturales, porque vienen de Dios, quien utiliza las causas segundas que ha puesto en juego. Invita a los hombres con múltiples atractivos, pero todos somos limitados y nadie puede captar esos atractivos, sino sólo aquellos con quienes se está de acuerdo y con quienes uno se encuentra en una cierta correspondencia.

El carisma de la vocación torna siempre actual aquella palabra del Evangelio que fue escrita, es verdad, en otro caso: “El Maestro está allí y te llama”. Te dice: “ven, sígueme”. Y tú dices: sí, voy; o no, no seguiré. Una vocación es siempre un encuentro de persona a persona, una experiencia, la del amor. No hay vocación sin una cierta experiencia del llamado. Se oye, se retiene la palabra del Evangelio -en latín “capere”, es decir: *captar*-. Cada cual comprende lo que se le pide allí, ahora, *hic et nunc*. Es un carisma. Y es también el momento de comprometer su vida o de renovar su compromiso, de permanecerle fiel; la vocación. Se trata de decir si -o no- a Jesucristo. Si se dice sí, es para hacer lo que él pide, seguirlo a donde él quiera llevarnos, por el camino y para la obra que ha elegido para nosotros. Porque hay muchas maneras de seguirlo y, en ese sentido, muchos carismas y muchas vocaciones. Antes de presentar su diversidad, para situar la vocación contemplativa, trataremos de discernir, a la luz de los textos evangélicos, los elementos comunes a toda vocación.

Ahora bien, la idea fundamental es la que consiste en “seguir” a Jesucristo. Respecto a esto nos encontramos, en la lengua francesa, en presencia de un pequeño problema de vocabulario. En latín se habla de la “sequela Christi”. Se trata en efecto de caminar “en pos de” (en su seguimiento). En francés nos falta el sustantivo. El año pasado estuve como observador católico en una de las comisiones que preparaban el Congreso ecuménico de Upsala, una comisión diaconal (70 diaconisas de la Iglesia reformada) y constaté que los protestantes de habla francesa empleaban una fórmula que no es muy eufónica “la suivance” de Cristo². Sea lo que fuere, volvamos a leer el texto evangélico de base, el de Marcos 1,16-20, que es el origen de los lugares paralelos de *Mt* 4,18-20 y de *Lc* 5,1-11. (Estos textos han sido ilustrados por recientes trabajos aparecidos en alemán, uno del año pasado, otro de este año).

² N. del T.: en castellano: “seguimiento”.

«Caminando por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, y les dice: “Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres”. Y ellos al instante, dejando las redes, le siguieron. Siguió adelante y vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo arreglando sus redes; y los llamó. Y ellos al instante, dejando la barca y a su padre, le siguieron».

Tal es, en su sobriedad, este relato evangélico. Tal es, en su simplicidad, este hecho que no cesará ya de reproducirse hasta el fin de los tiempos y que no es necesario ahora analizar.

Se lo podría hacer, y ya se lo ha hecho, de una manera erudita, según un método histórico y filológico. Contentémonos con aprovechar esos excelentes trabajos, meditando sus resultados. Primeramente se ha notado el paralelismo existente entre este llamado de los apóstoles por Jesús, y el de Eliseo por Elías, en el *Primer libro de los Reyes* 19,19-21. He aquí sus frases esenciales:

“Partió de allí y encontró a Eliseo, hijo de Safat, que estaba arando. Había delante de él doce yuntas y él estaba con la duodécima. Pasó Elías y le echó su manto encima. El abandonó los bueyes y corrió tras de Elías... Después se levantó, se fue tras de Elías y entró a su servicio”.

Escena profética de la que el Evangelio nos su realización. Jesús pasa, es él quien viene y él mira: elige a quien quiere. Y Él los conoce, a cada uno por su nombre, su alma y su cuerpo, su pasado, toda su vida. Es Él quien toma la iniciativa del encuentro y quien se adelanta. Luego habla, es Él quien llama, quien propone que se arriesgue toda la vida por Él: puede hacerlo porque Él es quien es; porque hay en Él el poder carismático de un profeta, del profeta por excelencia, el último de todos, el definitivo, decisivo, escatológico. Él es el Mesías esperado, el que conduce a su término las exigencias de la Ley y las promesas de los Profetas anunciadores. Posee el poder y la autoridad de Dios y, con este título puede comprometer el porvenir, el suyo y el de esos hombres a quienes elige para sí. Puede hacerles una promesa cierta: “Haré de vosotros pescadores de hombres”. Los hará participar en su propio camino, en su propia vida. Y enseguida lo siguen. Lo que supone que han aceptado todo lo que implica este seguimiento, y son dos cosas: una renuncia y un envió.

Una renuncia: para seguir; hay cosas y seres que es preciso dejar: “las redes”, el arado... símbolo del oficio, de las ocupaciones, de la carrera, del porvenir humano; “su padre”, es el símbolo de la familia, del medio, de ciertas relaciones humanas. Es preciso arrancarse. Seguir y abandonar, es todo uno. Pedro dirá en nombre de todos: “nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido...” Seguir es renunciar, es romper. Contestar sí a la vocación, es ante todo esto. Para decirle sí a Jesús, es necesario decir no a lo demás, a *todo* lo demás. Y no es una decisión tomada de una vez por todas, de manera que ya no necesita ser renovada. Al contrario, si el camino es largo, nosotros recuperaremos, juntaremos, iremos recogiendo lo que habíamos ido dejando por el camino y muy pronto encontraremos que somos propietarios: de nuestro yo, de un oficio, de una competencia, de algunas pequeñas riquezas y sobre todo de nuestros sueños, de lo que las cosas serían si dependieran de nosotros; nos apegamos, nos aferramos a ese porvenir ideal. Es preciso cortar los lazos, podar en lo vivo, romper de nuevo. El haber “seguido”, no es haberse comprometido a realizar una hermosa carrera humana, muy razonable, aunque fuera en el dominio del éxito espiritual. Es haberlo arriesgado todo para ser santo o santa, sin saber que uno llegará a serlo, por supuesto, y entonces nada de lo demás importa ya. Ser santo es dejarse penetrar humildemente por la gloria de Jesús resucitado, para irradiar su gloria sobre esta oscura tierra. Sin esta toma de posesión de nuestro ser por El, solo hay tibieza, acedia o rebeldía, aun cuando ésta revista la forma de una contestación inteligente. Si no se es feliz en la vida religiosa es porque se ha renunciado a ser santo, para no ser sino un religioso razonable, eficaz, actual, moderno, adaptado al mundo de hoy, aceptable, comprendido,

“legible”, y... no sé cuantas cosas más!

No olvidemos que el otro prototipo de la vocación es la vocación de Abraham: la primera de todas, la más arriesgada, la más azarosa y la menos razonable. Una vocación al destierro; ese exilio total es la vida de fe. La fe debe ser vivida en este mundo, pero su objeto está más allá de este mundo. No se lo alcanza sino a través de un éxodo, un desierto, un exilio, una renuncia a todo otro medio de salvación que no sea el sacrificio, la crucifixión, la participación en la muerte y la resurrección de Cristo. Sólo cuando se ha pasado por esta puerta estrecha, los valores del mundo, que son reales, pueden sernos devueltos. Los recibimos entonces de Dios mismo, bajo la forma y en la medida que él lo quiera para cada uno de nosotros. Pero nosotros no tenemos el derecho de querer tomarlos, apoderarnos de ellos para nosotros mismos ni por nosotros mismos. Algunos tienen el derecho, si para ello son invitados por Dios, de aceptar por adelantado que el renunciamiento total, implicado en el acto de fe, no sea de ningún modo compensado en este mundo. Tienen el derecho, si Dios les da esa gracia, de vivir con lo menos posible en cuanto a esos medios de desarrollo y a esos estimulantes humanos que son el lote legítimo de todos.

Entre nosotros y Dios se interpone el hecho de que el mundo está bajo el régimen de pecado, del que ha sido liberado por la pasión del Hijo de Dios, en la que todos debemos participar. Algunos, si reciben la fuerza necesaria, tienen el derecho de asociarse a ella más estrechamente. Así es como a algunos cristianos se les pide más que a otros, el vivir, de una cierta manera, fuera del mundo y en el Reino, a fin de indicar a otros el camino; no todavía como en la tierra prometida, sino como Abraham, en el exilio; en esa búsqueda oscura y ardiente que es la vida de fe, en esa huida hacia Dios y hacia la verdadera Patria donde uno se une con Él. En virtud de lo que se llama carácter escatológico del cristianismo, todos los fieles deben tender hacia la plena manifestación del Reino a través de ese misterio de la muerte a si mismo y al mundo, es decir, la participación por la fe en la Pascua de Cristo. Esta búsqueda absoluta de Dios es una marcha hacia adelante. San Benito y otros autores, hasta la han comparado con una carrera. Se supone que se dejan cosas tras de si, que uno se libera de lo que podría ayudar, pero que en el mundo de pecado en que vivimos, puede también entorpecer, retardar, impedir. Los renunciamientos libres y voluntarios que implica toda vocación a la vida religiosa, y de los que ya Casiano hablaba a propósito de la vocación de Abraham, se encuentran en la línea de la fe. Para algunos cristianos son su consecuencia y no se justifican sino por esa vocación. La vida contemplativa los lleva a una gran exigencia. Por lo tanto no es de extrañar que ella participe en lo que hay dentro del misterio de la fe, de desconcertante y al mismo tiempo de atrayente. Es un signo, pero misterioso. Es preciso no querer juzgarla desde otro punto de vista que no sea el de la fe, ni pedirle otro testimonio que el de la fe valiente y gozosa.

Creyeron en él, abandonaron familia y oficio y lo siguieron. Y fueron enviados. Porque el seguimiento incluye también ese llamado para ir a donde va Jesús. Y, ¿a dónde va? Ha venido para servir, Para ser servidor, el Servidor por excelencia. Servir, ¿a quién? y ¿cómo? Servir al Reino que el Padre le ha encargado restaurar. Será necesario anunciarlo, trabajar en su expansión. “Haré de vosotros pescadores de hombres”. Es necesario seguir a Jesús en su servicio, participar en su misión de servidor; y ya sabemos cómo la cumplió: a aquellos a quienes escogió los llama a seguirlo a la Cruz, a la muerte y a la resurrección. Seguir a Jesús, no es ante todo, ni sobre todo, imitarlo en tal o cual de sus actos, en tal estado de su alma, en tal momento de su vida. Es comprometerse a hacer para toda la vida, como él, la voluntad del Padre. Es obedecer como él, participar en su vida entera que fue vida de riesgo y lo condujo a la muerte. Es asociarse a su destino tal como fue para él, y para aquellos primeros que lo siguieron. Vivir en peligro, acosado, sin tener nunca la seguridad del mañana, no tener donde reposar la cabeza. Ser difamados, calumniados, tomados por insensatos, aún por sus parientes, no ser comprendidos: todo esto es “llevar la cruz de cada día”. Y nunca mirar hacia atrás, no volver a buscar las redes que se dejaron, no dejar de anunciar nunca el Reino, ni de trabajar para establecerlo entre los hombres.

Anunciar ¿qué? fundar ¿qué? Un Reino de esa índole. Un Reino que comienza así, con esa vida. Un Reino que está próximo, que ya ha llegado hasta nosotros, que está ahí, pero que no se lo puede asir, del que uno no se apodera, hacia el cual se tiende siempre. Aceptar esta comunión de destino con Jesús en ese Reino, he ahí el seguimiento y el servicio, he ahí el anuncio y el trabajo. Eso es lo que está en juego y ese es el compromiso; ligar su suerte a la de Jesús, identificar su destino con el suyo para el servicio del mismo Reino, esto es lo que constituye *la* vocación.

Las vocaciones

Veamos ahora las vocaciones.

Toda vocación compromete a todo esto. La obra para establecer ese Reino tan desconcertante y vasto, no termina nunca. Somos diferentes unos de otros. Se trata pues de saber cómo cada uno de los que han sido elegidos, llamados, va a seguir, servir, anunciar, trabajar.

Hay tantas maneras de hacerlo como vocaciones, porque Jesucristo es una persona y cada uno de nosotros es también una persona. La mirada nunca es la misma, el encuentro, el llamado, la propuesta, la orientación de vida, el servicio, son, en cada caso, únicos. Pero ha habido, en el decurso del tiempo de la Iglesia, por así decirlo, los “grandes llamados”, cristianos y cristianas a quienes les fue dado el captar y el realizar, con una intensidad privilegiada, tales o cuales formas de seguimiento y de servicio, organizar modos de vida para los que oyen llamados del mismo género. Fueron los iniciadores de los grandes movimientos espirituales y de los Institutos religiosos.

Jesús dio ejemplo de todo lo que había que hacer por el Reino; orar, predicar, ocuparse de los cuerpos y de las almas. Durante su vida de ministerio realizó todos los servicios de que lo hizo capaz el Espíritu. Después de la Resurrección envió Su Espíritu a la Iglesia que, en su conjunto, posee todos los carismas y cumple todos los servicios. Y ahora, como dice san Pablo en la *Primera a los Corintios* 12,4-11, “hay diversidad de dones, pero es el mismo Espíritu, diversas maneras de servir, pero es el mismo Señor... La manifestación del Espíritu es dada a cada uno para provecho de todos”.; San Pablo da aquí y en otras partes, una lista de carismas que no está agotada: el mismo Espíritu no ha cesado de suscitar otros servicios según el tiempo y las circunstancias en que crecía la Iglesia, y el monacato: la vida contemplativa fue uno de ellos.

En efecto, se pueden distinguir dos categorías principales, determinadas por las orientaciones más importantes que puede tener una vocación para seguir al Señor Jesús. Pueden ser legítimamente simbolizadas por ciertos momentos de la vida de Jesús, por algunas de sus actividades. En ciertos momentos Jesús anunciaba lo que sentía y lo que experimentaba en sí mismo; hubo momentos en que, por el mismo Reino, él estaba *con el Padre* y otros *con los hombres*. Siempre ciertamente, *para el Padre y para los hombres* inseparablemente: con el Padre en vista a los hombres y con los hombres con miras al Padre. Pero cuando oraba solo, en la montaña, prolongadamente, no evangelizaba. Siempre, el mismo Jesús trabajaba por el Reino, pero con diferentes servicios: el de la oración solitaria y el del anuncio entre las muchedumbres o entre los discípulos. Del mismo modo la Iglesia ha admitido siempre que los cristianos y las cristianas comprometan la vida en su servicio poniendo el acento en uno de estos momentos ejemplares, con tal que la intención sea en cada ocasión total, como la suya: totalmente cristiana, pero más o menos apostólica o más o menos contemplativa. Cada una de estas ocupaciones no excluye la preocupación por la otra. Sólo la Iglesia realiza esta totalidad. Ella hace presente todo el Reino, tal como ha sido realizado hasta hoy. Ella es total y cada uno de nosotros es parcial; cada uno de nosotros está limitado por su finitud y por el llamado que ha recibido para servir al Reino, según lo que él es y lo que puede hacer; ninguno de nosotros puede hacerlo todo: es preciso elegir, y felizmente, cada uno de nosotros ha sido elegido para servir mejor según la línea de la plegaria o según la línea de la proclamación. Una y otra son

diaconías, contribuciones a la diaconía total, universal, católica de la Iglesia. Y cada uno de nosotros sigue siendo “católico” si comprende, estima, realiza en parte cada una de esas dos vías para servir al Reino. Todos debemos estar abiertos a ambas en su intención, pero sin tener necesariamente que cumplir las dos.

Por lo tanto, todos los carismas son parciales porque son una participación del don total del Espíritu a la humanidad en Jesucristo y en la Iglesia. Por otra parte, el Concilio lo ha dicho claramente: “El Señor Jesús, a quien el Padre santificó y envió al mundo, hace partícipe a todo su Cuerpo Místico de la unción del Espíritu Santo que El había recibido; en él todos los cristianos devienen un sacerdocio santo y real, ofreciendo el sacrificio espiritual a Dios por Jesucristo, y proclaman los prodigios de Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. Por lo tanto, no hay ningún miembro que no tenga su parte en la misión del Cuerpo entero, no hay ninguno que no deba santificar a Jesús en su corazón y dar testimonio a Jesús por el espíritu de profecía”.

Como la vida de apostolado, la vida de oración es una diaconía, un seguimiento, un servicio. Como toda participación en la presencia y en la acción de Jesús, la oración es sacerdotal, profética, misionera: y es testimonio y proclamación del Reino.